

La Vallée-aux-Loups junio de 1812.

GESRIL.—HERVINA MAGON.—COMBATE CONTRA DOS GRUMETES.

Ya he dicho que mi prematura rebeldía contra las maestras de Lucila fue el fundamento de mi mala reputación: un camarada vino á completarla.

Mi tío, Mr. de Chateaubriand du Plessis, que se hallaba establecido en Saint-Malo, tenía, lo mismo que su hermano, cuatro hijas y dos hijos. De mis dos primos (Pedro y Armando), con los cuales me asocié desde luego, Pedro llegó á ser paje de la reina, y Armando, á quien destinaban á la carrera eclesiástica, fue enviado al colegio. Pedro entró en la marina así que salió de la casa de pajes, y se ahogó en la costa de Africa. Armando, que permaneció en el colegio una porción de años, dejó la Francia en 1790, sirvió durante toda la emigración, hizo con intrepidez mas de veinte viajes á la costa de Bretaña, embarcado en una chalupa, y al fin murió por la causa del rey en las llanuras de Grenelle, el Viernes Santo del año 1810, como he dicho ya y volveré á repetir cuando refiera su catástrofe (1).

Privado de la compañía de mis dos primos, traté de reemplazarla contrayendo nuevos vínculos.

En el piso segundo de nuestra casa vivía un hidalgo, llamado Gesril, el cual tenía un hijo y dos hijas. Este hijo estaba educado de distinto modo que yo; era un niño mimado, á quien alababan todo cuanto hacia, y cuyo placer favorito era el de andar á golpes, y con especialidad el de excitar á sus compañeros á armar camorra para erigirse en juez de la contienda. Hacia á las criadas que llevaban á pasear los niños las mas pífidas jugarretas, y se hablaba muchísimo de sus travesturas, que se transformaban en negros crímenes. El padre se reía de todo esto, y Pepito continuaba siendo el queridito de la casa. Gesril llegó á ser el mas íntimo de mis amigos, y tomó sobre mí un ascendiente increíble; por mi parte aproveché las lecciones de tan excelente maestro, aun cuando mi carácter era diametralmente opuesto al suyo. Yo prefería los placeres solitarios, y no gustaba de armar quimera con nadie. Gesril, por el contrario, era aficionadísimo á los juegos bulliciosos, y gozaba extraordinariamente cuando se hallaba en medio de las trifulcas de los muchachos. Cuando me hablaba cualquier pillastre, Gesril me decía: «¿Cómo sufres eso?» Estas palabras me hacían creer que mi honor estaba comprometido, y saltaba á los ojos del temerario: su edad y su estatura no me importaban un bledo. Mi amigo presenciaba el combate y prodigaba elogios á mi valor; pero permanecía impassible, y no acudía jamás á prestarme auxilio. Algunas veces levantaba un ejército compuesto de pillastres que encontraba, los dividía en dos bandos y los conducía á la playa, donde armábamos á pedradas frecuentes escaramuzas.

Gesril inventó otro juego, el cual parecía mucho mas peligroso: cuando subía la marea y el tiempo estaba de borrasca, las olas que iban á estrellarse al pié del castillo, por el lado del gran promontorio, saltaban hasta las torres principales. A veinte piés de altura, y sobre la base de una de estas torres, había un parapeto de piedra, angosto, escurridizo, incli-

(1) Dejó un hijo llamado Federico, á quien coloqué yo primeramente en los guardias del hermano mas inmediato al rey (*monsieur*), y el cual pasó despues á un regimiento de coraceros. Casó en Nancy con la señorita de Gastaldi, de quien tuvo dos hijos, y se retiró del servicio. La hermana mayor de Armando, mi prima, es, hace muchos años, superiora de las religiosas de la Trapa.

(Nota de 1851 en Ginebra).

nado, que se comunicaba al rebellin que defendía el foso: tratábase, pues, de aprovechar el instante que mediaba entre dos olas para atravesar aquel peligroso sitio antes de que se rompiera la segunda y llegase á cubrir la torre. Vefase venir una montaña de agua, que avanzaba bramando, y la cual podía arrastrarnos consigo ó estrellarnos contra la muralla si nos retardáramos un minuto. No había uno siquiera de nosotros que rehusara tentar la aventura; però todos los muchachos palidecían antes de emprenderla.

La inclinación que mostraba Gesril de impeler á los otros á trabar pendencias, en las cuales solo hacia el papel de mero espectador, inducirá acaso á pensar que su carácter no sería despues muy generoso; sin embargo, él fue quien en un teatro mas reducido llegó tal vez á borrar el heroísmo de Régulo; nada mas faltó á su gloria sino que Roma la presenciara y que la cantara Tito Livio. Habiendo llegado á ser oficial de marina, fue hecho prisionero en Queberon; pero viendo que los ingleses continuaban bombardeando al ejército republicano despues de terminado el combate, se arrojó al agua, se aproximó á nado hasta los buques, les dijo á los ingleses que suspendiesen el fuego, y les anunció la desgracia y la capitulación de los emigrados. Deseando aquellos salvarle la vida, le arrojaron un cable, y le invitaron á que subiese á bordo: «Soy prisionero bajo mi palabra,» les dijo agitándose entre las olas, y se volvió nadando á tierra; despues fue fusilado con Sombreuil y sus compañeros.

Gesril fue mi primer amigo: habiendo sido mal juzgados los dos en nuestra infancia, nos unió el instinto de lo que podíamos valer algun día.

La primera parte de mi historia terminó con dos aventuras, las cuales produjeron un notable cambio en el sistema de mi educación.

Un domingo nos fuimos á la playa, por el lado del *abanico* de la puerta de Santo Tomás, y caminando á lo largo del *Surco*, cuyas mu allas protegen contra las olas una porción de estacas gruesas clavadas en la arena. Como lo teníamos por costumbre, nos encaramamos á lo alto de los maderos, para ver pasar debajo de nuestros piés las primeras ondulaciones del flujo del mar. Todos los sitios estaban ocupados como siempre, y había una porción de chiquillas mezcladas con los muchachos. Yo era el que mas próximo me hallaba á la mar, y no tenía delante de mí mas que una hermosa niña, llamada Hervina Magon, la cual se reía de placer y lloraba de miedo. Gesril estaba al extremo opuesto, por el lado de tierra. La marea iba aproximándose ya; hacia bastante viento, y los criados y niñas gritaban: «¡Bajad, señorita! ¡Bajad, señorito!» Gesril fue alcanzado por una fuerte ola; cuando esta se sumió entre las estacas, dió un empujón al muchacho que se hallaba á su lado, este cayó sobre el que le seguía, y así sucesivamente, hasta que toda la hilera quedó derribada como si hubiera sido de naipes; pero permanecieron asidos los unos á los otros: únicamente cayó al mar la niña, que se hallaba al extremo de la línea, la cual no tenía donde apoyarse. El flujo la arrastró consigo: oyéronse al momento mil gritos de espanto; todas las niñas se alzaron sus vestidos, entraron en el mar y fueron apoderándose de sus respectivos muchachos, dándoles de camino unos cuantos mogicones: Hervina fue rescatada tambien; pero declaró que Francisco la había echado abajo. Las niñas caen sobre mí; logro escaparme de sus manos, y echo á correr para parapearme en la bodega de casa, adonde llegó tambien en persecución mia el ejército femenino. Afortunadamente habían salido mi padre y mi madre. La Villeneuve defendía la puerta con un valor heroico, y sopapeaba á la vanguardia enemiga. El verdadero autor del mal acudió tambien en mi auxilio; Gesril subió á su casa, llamó á sus dos hermanos, y los tres principiaron á arrojar jarros de agua y tronchos de verzas cocidas

sobre las sitiadoras. Al aproximarse la noche se levantó el sitió; pero se exparcíó por la ciudad este acontecimiento, y el caballero de Chateaubriand, que á la sazón contaba nueve años, pasó por un hombre atroz, por un resto de la banda de piratas que San Aaron había desterrado de su roca.

Pasemos á la otra aventura.

Algunos dias despues de la que acabo de referir, fui con Gesril á Saint-Servan, barrio que se halla separado de Saint-Malo por el puerto mercante. Para llegar á él cuando está baja la marea, es preciso atravesar unos cuantos puentes angostos, contruidos con losas, por debajo de los cuales pasan corrientes de agua; estos puentes quedan enteramente cubiertos con la pleamar. Los criados que nos acompañaban se habían quedado atrás, á bastante distancia de nosotros. Al llegar á uno de dichos puentes vimos á dos grumetes que estaban en el extremo opuesto, y los cuales caminaban en dirección contraria á la nuestra. Gesril me dijo: «¿Dejaremos pasar á esos tunantes?» y en seguida empezó á gritar: «¡Al agua, patos!» Estos, como buenos grumetes, entendían poco de chanzas, y siguieron avanzando: Gesril retrocedió, nos colocamos á la entrada del puente, cogimos unos cuantos guijarros, y se los tiramos á la cabeza. Los grumetes cayeron entonces sobre nosotros, nos hicieron volver pies atrás, y armándose á su vez de piedras, nos llevaron en derrota hasta nuestro cuerpo de reserva, ó, lo que es lo mismo, hasta que nos incorporamos con nuestros criados. Yo no salí, como Horacio, herido de un ojo, si bien recibí en la oreja izquierda tan descomunal pedrada, que casi me la arrancó, y la traía colgando sobre el hombro.

Pero no sentía el daño que me habían causado, sino el tener que regresar á casa. Cuando mi amigo venía descalabrado de sus correrías, ó traía desgarrado el traje, todos se compadecían de él, le prodigaban mimos y caricias, y le llevaban ropa para que se mudara: en semejante caso, yo no escapaba nunca sin castigo. El golpe que acababa de recibir no dejaba de ser peligroso; pero La Trance no logró persuadirme á que entrara en su casa. Fui á ocultarme en el piso segundo, á la de Gesril, el cual me vendió la cabeza con una servilleta. Este vendaje le devolvió su bullicioso humor, y le dió por decir que parecía una mitra; transformóme en obispo de buenas á primeras, y me hizo cantar misa mayor con él y sus hermanas hasta la hora de comer. El pontífice se vió precisado entonces á bajar al piso principal: el corazón me latía con violencia. Sorprendido mi padre al ver mi semblante descompuesto y manchado de sangre, no me dijo ni una palabra: mi madre dió un grito; La Trance contó el caso lastimoso que me había sucedido, disculpándose como supo; á pesar de todo esto, no me liberté de la correspondiente tunda. El señor y la señora de Chateaubriand mandaron que me curaran la oreja, y resolvieron separarme de Gesril lo mas pronto posible (1).

Yo no sé si fue aquel año cuando vino á Saint-Malo el conde de Artois, á quien obsequiaron con el simulacro de un combate naval. Desde lo alto del bastion de la pólvora ví al jóven príncipe, que estaba mezclado entre la gente, presenciando desde las orillas del mar este espectáculo. ¡Cuántos destinos desconocidos encerraban su brillo y mi oscuridad! Hasta entonces, si no me es infiel la memoria, Saint-Malo no había visto mas que á dos reyes de Francia: Carlos IX y Carlos X.

(1) Ya había hablado yo de Gesril en mis obras. Una de sus hermanas, Angélica Gesril de la Trochardais, me escribió en 1818 rogándome que procurase obtener que el apellido Gesril fuese unido al de su marido y al del marido de su hermana; pero fracasaron mis negociaciones.

(Nota de 1851, en Ginebra).

Hé aquí el primer cuadro de mi infancia. Ignoro si la severa educación que me dieron es buena en principio, pero mis padres la adoptaron sin designio alguno, ó por mejor decir, fue una consecuencia natural de su humor. En todo caso, es lo cierto que, merced á ella, se han diferenciado bastante mis ideas de las de los demás hombres; y mucho mas cierto todavía, que imprimí en mis sentimientos un carácter melancólico, hijo de la costumbre de padecer en la edad de la debilidad, de la impresión y de los goces.

¡Tal vez habrá quien crea que semejante sistema de educación hubiera podido conducirme á detestar á los autores de mis dias! Pero no fue así, el recuerdo de sus rigores es para mí casi agradable: venero y estimo sus grandes prendas. Mis camaradas del regimiento de Navarra fueron testigos de los extremos que hice cuando supe la muerte de mi padre. Soy deudor á mi madre de los consuelos de mi vida, puesto que ella fue quien me imbuyó sanos principios de religión: yo recogía las verdades cristianas que salían de su boca, como las estudiaba Pedro de Langres por la noche en una iglesia, á la luz de la lámpara que ardía ante el Santísimo Sacramento. ¿Se hubiera desarrollado mejor mi inteligencia, habiéndome dedicado al estudio algun tiempo antes? Lo dudo: aquellas olas, aquellos vientos y aquella soledad, que fueron mis primeros maestros, cuadraban mejor acaso á mis disposiciones naturales: tal vez debo á estos salvajes fundadores algunas virtudes que sin ellos hubiera ignorado. La verdad es que ningun sistema de educación es en sí preferible á otro: ¿quieren mas los hijos á sus padres, hoy, que los tutean y que no les inspiran temor alguno? Gesril era tratado con el mayor mimo, en la misma casa donde me reñían á mí constantemente, y ambos hemos sido hombres de bien, y tiernos y respetuosos hijos. Tal cosa, que uno cree perjudicial, es la que mas eficazmente contribuye al desarrollo del talento de un muchacho; y tal otra, que le parece á uno conveniente, bastaría por sí sola para enervar sus facultades intelectuales. Lo que Dios hace está bien hecho: cuando la Providencia nos destina á representar un papel en la escena del mundo, reserva para sí el cuidado de dirigirnos.

Dieppe setiembre de 1812.

CARTA DE MR. PASQUIER.—DIEPPE.—CAMBIO DE MI EDUCACION.—LA PRIMAVERA EN BRETAÑA.—BOSQUE HISTÓRICO.—CAMPOS PELAGIANOS.—OCASO DE LA LUNA EN EL MAR.

El 4 de setiembre de 1812, me remitió Mr. Pasquier, prefecto de policía, la siguiente carta:

PREFECTURA POLÍTICA.

«El prefecto de policía invita á Mr. de Chateaubriand á que se tome el trabajo de presentarse en su despacho, hoy á las cuatro de la tarde, ó mañana á las nueve de la mañana.»

El señor prefecto de policía me llamaba para intimarme la órden de que saliera de Paris, y me dirigí á Dieppe, cuyo primer nombre fue *Bertheville*, y la cual tomó el de Dieppe hace mas de cuatrocientos años, de la palabra inglesa *deep*, que significa *profundo* (surgidero). En 1788, estaba de guarnición en ella con el segundo batallon de mi regimiento; vivir en aquella ciudad, cuyas casas son de ladrillos y sus tiendas de marfil; en aquella ciudad de aseadas calles y hermoso cielo, era refugiarme cerca de mi juventud. Cuando salía á paseo, me dirigía las mas de las veces á las ruinas del castillo d'Arques, las cuales están llenas de

históricos recuerdos. Todavía existen innumerables personas que no han olvidado que Dieppe fue la patria de Duquesne. Cuando me quedaba en casa, se ofrecía á mi vista el grandioso espectáculo de la mar: desde la mesa, ante la cual solía sentarme, contemplaba á aquel mismo Océano que me vió nacer, y el cual baña las costas de la Gran-Bretaña, y en donde he sufrido tan largo destierro: mis miradas vagaban sobre las olas que me llevaron á América, me trajeron á Europa y me volvieron á llevar á las costas de África y de Asia. ¡Yo te saludo, ¡oh mar! que has sido mi cuna y el constante objeto de mi admiración! Quiero contarte la continuación de mi historia; si falto en ella á la verdad, tus olas, compañeras inseparables de mi vida, me acusarán de impostor ante los hombres en los tiempos venideros.

Mi madre manifestó siempre grandes deseos de que se me diese una educación clásica. Decía que la profesión de marino, á la cual me destinaban, «no sería acaso de mi gusto;» y por lo que pudiera suceder, le parecía conveniente darme una educación aplicable á cualquiera otra carrera. Su piedad la inducía á desear que yo me decidiese por la iglesia. Propuso, pues, que me llevaran á un colegio á estudiar matemáticas, dibujo, esgrima, y el idioma inglés, y no habló ni una palabra del latín y el griego, temiendo incomodar á mi padre; pero pensaba interiormente dar orden de que me los enseñaran, reservadamente primero, y en público cuando llegara á hacer algunos adelantos. Mi padre accedió á su proposición, y quedó acordado que entraría en el colegio de Dol, cuya ciudad mereció la preferencia por hallarse situada en el camino de Saint-Malo á Combourg.

En el crudo invierno que precedió á mi reclusión escolar, se prendió fuego á la casa en que habitábamos mi hermano mayor me salvó entonces la vida casi milagrosamente, sacándome, con riesgo de la suya, al través de las llamas. Mr. de Chateaubriand, que se había retirado á su castillo, llamó á su esposa á su lado, y cuando llegó la primavera fue preciso obedecerle.

La primavera en Bretaña es mucho mas benigna que en las cercanías de París, y florece tres semanas antes. Los cinco pájaros precursores de ella, que son, la golondrina, la oropéndola, el cuco, la codorniz y el ruiseñor, llegan con las brisas que se albergan en los golfos de la península armoricana. La tierra se cubre de margaritas, pensamientos, junquillos, narcisos, jacintos, renúnculos y anémonas, como en los sitios abandonados que circundan á San Juan de Letran y á la Santa Cruz de Jerusalem en Roma. Los claros de los bosques se ven matizados de altos y elegantes helechos; los campos, cuajados de gayombas y aliagas, resplandecen con sus flores, que parecen mariposas de oro. Los setos, á lo largo de los cuales abundan la fresa, la frambuesa y la violeta, están decorados con zarzas, madreselvas y espinos silvestres, cuyos tallos, negros ó inclinados, producen hojas y frutos magníficos. Por todas partes se oye el zumbido de las abejas y el canto de las aves: los enjambres y los nidos llaman la atención de los muchachos á cada paso. En ciertos sitios, resguardados del cierzo, crecen, como en Grecia, las adelfas y el mirto, sin cultivo alguno: las brevas maduran tan pronto como en la Provenza; cada árbol frutal, con sus flores de carmin, se parece á un gran ramillete de novia de aldea.

En el siglo xii el bosque de Brecheliand ocupaba los cantones de Tongéres, Rennes, Bechenel, Dinan, Saint-Malo y Dol; los francos y los pueblos de la Dommonéa lo escogieron para campo de sus batallas. Wace cuenta que se veía en él al hombre salvaje, la fuente de Berenton y un estanque de oro. Un documento histórico del siglo xv, *Los usos y costumbres del bosque de Brechilleu*, confirma el romance de Rou: «Segun los usos, el bosque es de grande y espaciosa ex-

tension; hay en él cuatro castillos, un crecido número de magníficos estanques, hermosas chozas, donde no hay moscas ni vicho alguno venenoso; doscientos criaderos de árboles, otras tantas fuentes, inclusa la de *Belenton*, junto á la cual veló sus armas el caballero Pontus.»

Actualmente todavía conserva el país algunos rasgos, que revelan su origen; cortado en diversas direcciones por zanjas, parece un bosque desde lejos, y tiene analogía con algunas provincias de Inglaterra: en otro tiempo era la mansión de las hadas, y en la continuación de estas páginas vereis que yo encontré allí en efecto una sílfide. Algunos rios, que no son navegables, riegan aquellos valles angostos, los cuales están separados unos de otros por pequeñas y arenosas cordilleras, en las que se crían acebos y otros arbustos. Por la parte de la costa se suceden los faros, vigías, torres, construcciones romanas, ruinas de castillos de la edad media, y los campanarios de la época del renacimiento: todo está rodeado por la mar; Plinio llamó á la Bretaña *Península espectadora del Océano*.

Entre el mar y la tierra se extienden los campos Pelagianos, fronteras indecisas de ambos elementos; la alondra de tierra y la de mar agitan en ellos sus alas á un tiempo mismo; la barca y el arado, distantes tan solo un tiro de piedra una de otro, van surcando la tierra y el agua. El navegante y el pastor se prestan recíprocamente su lenguaje técnico; el marinero dice: *las olas se rizan*; y el pastor: *las flotas de carneiros* (1). Las arenas de diversos colores, las caprichosas labores que forman los mariscos, y las franjas de plateada espuma, guarnecen la orilla amarilla ó verde de los sembrados. No recuerdo en cuál de las islas del Mediterráneo he visto un bajo-relieve que representaba á las Nereidas festonando las guarniciones de la falda de Ceres.

Pero lo que hay en Bretaña de mas admirable es la salida de la luna por la parte de tierra, y su ocaso en el mar.

Destinada por Dios á ser aya del abismo, la luna tiene sus nubes, sus vapores, sus rayos y sus sombras especiales como el sol; pero al llegar á su ocaso, no se retira sola como este, sino acompañada de un séquito de estrellas. A medida que va descendiendo sobre mi playa natal hasta los límites del cielo, comunica al mar su silenciosa calma; al poco rato se la ve sumergirse poco á poco en el horizonte, dejando descubierta la mitad de su frente, que se va apagando, inclinándose y desapareciendo entre la muelle intumescencia de las olas. Los astros, inmediatos á su reina, antes de precipitarse en pos de ella parecen detenerse suspendidos en la cima de las aguas. No bien se ha puesto la luna, cuando un soplo de viento viene a apagar la imagen de las constelaciones, del mismo modo que se apagan las luces despues de una fiesta.

SALIDA PARA COMBOURG.—DESCRIPCION DEL CASTILLO.

Yo debía acompañar á mis hermanas hasta Combourg y nos pusimos en marcha en la primera quincena de mayo. Al amanecer salimos de Saint-Malo, mi madre, mis dos hermanas y yo, en una enorme berlina á la antigua, arrastrada por ocho caballos enjaezados como las mulas en España, con campanillas al cuello y guarniciones de franjas de lana de diversos colores. Mientras que mi madre suspiraba, mis hermanas hablaban hasta perder la respiración, y yo miraba con mucha atención, maravillándome de todo; primer paso de un judío errante que ya no debía parar. ¡Si

(1) *Les vagues moutonnet, les flottes de moutons*; este equivoco, que en francés tiene bastante gracia, es intraducible á nuestro idioma. (N. del T.)

el hombre no hiciera mas que cambiar de lugares! pero tambien cambian sus dias y su corazon.

Nuestros caballos descansaron en una aldea de pescadores, en la playa de Cancale: en seguida atravesamos los pantanos y la ciudad de Dol, y pasando por la puerta del colegio, donde pronto debía volver, nos engolfamos en lo interior del país.

Durante cuatro horas mortales, solo distinguimos algunos arbustos mediossecos, semillas de trigo negro, corto y pobre, y algunos indigentes campesinos, ya conduciendo carbon en caballos exiguos, ya aguijoneando con agudos gritos á bueyes escualidos que tiraban de carretas enormes. Por último, descubrimos un valle, en cuyo fondo se elevaba el campanario de una iglesia de aldea; las torres de un castillo feudal sobresalian á los árboles de un bosquecillo iluminado por el sol poniente.

He tenido que detenerme: mi corazon latía hasta el punto de rechazar la mesa sobre que escribo. Los recuerdos que se despiertan en mi memoria me anonadan con su fuerza y multitud: y sin embargo, ¿qué son para el resto del mundo?

Cuando bajamos la colina apercibimos un riachuelo: despues de haber caminado una media legua, dejamos el camino real, y el coche rodó por una calle de hojaranzos, cuyas cimas se entrelazaban sobre nuestras cabezas: aun me acuerdo del momento en que entré bajo esta bóveda sombría.

Al salir de la oscuridad del bosque a travésamos una especie de plaza plantada de nogales, inmediata al jardín y á la casa del administrador, desembocando en un patio de césped, llamado *Patio Verde*. A la derecha estaban las cuadras, y en el fondo del patio, cuyo terreno se elevaba insensiblemente, aparecía el castillo entre dos grupos de árboles. Su triste y severa fachada presentaba una cortina con una galería cubierta medio destruida: esta cortina unía dos torres desiguales en edad, en materiales, en altura y en espesor, cuyas torres terminaban con almenas de techumbre puntiaguda, como un gorro puesto sobre una corona gótica.

Algunas ventanas enrejadas aparecían sobre la desnudez de los muros: una ancha escalinata de veinte y dos peldaños, sin rampas ni pasamanos, reemplazaba sobre los fosos cegados al antiguo puente levadizo. Sobre la puerta del castillo se veían las armas de los señores de Combourg, y los postes, á través de los cuales salían en otro tiempo los brazos y las cadenas del puente levadizo.

El coche paró al pié de la escalinata, y mi padre salió á recibirnos. La reunion de la familia dulcificó tanto por el momento su humor, que nos hizo la mas graciosa acogida. Subida la gradería, penetramos en un vestibulo sonoro de bóveda ojiva, y desde este vestibulo en un pequeño patio interior.

Desde este patio entramos en las habitaciones que miraban al Mediodía del estanque, unidas por dos pequeñas torres. Todo el castillo tenia la figura de un carro de cuatro ruedas. De pronto nos encontramos en una sala, llamada en otro tiempo de los *Guardias*, en cuyas extremidades se abrían dos ventanas, y otras dos en la línea lateral. Para abrirlas habia sido preciso escavar muros de ocho y diez piés de espesor. Dos corredores de plano inclinado, como el de la gran Pirámide, partían de los ángulos exteriores de la sala y conducían á las torrecillas, y una escalera, que serpeaba dentro de una de estas, establecía comunicaciones entre la sala de los *Guardias* y el piso superior.

El cuerpo de fachada de la torre grande, dominando el Norte por la parte del *Patio Verde*, se componía de una especie de dormitorio cuadrado y sombrío, que servía de cocina; además estaba comprendido el vestibulo, la escalinata y una capilla. Encima de estas piezas estaba el salon de los *Archivos*, ó de los

Blasones, ó de los *Pájaros*, ó de los *Caballeros*, llamado así por su techo sembrado de escudos de armas y de pájaros pintados. Los alfeizares de las ventanas eran tan profundos, que formaban unos gabinetes con bancos de granito. Unase á esto pasajes y escaleras secretas, calabozos y torreones, un laberinto de galerías cubiertas y descubiertas, subterráneos murados cuyas ramificaciones eran desconocidas, silencio por todas partes y oscuridad, y se verá el castillo de Combourg.

Una cena servida en el salon de los *Guardias*, en la cual comí sin que me contrariaran, terminó el primer dia feliz de mi vida. La felicidad verdadera cuesta poco; si es cara no es de buena especie.

Apenas desperté al dia siguiente, fui á visitar los alrededores del castillo y á celebrar mi advenimiento á la soledad. La escalinata hacia frente al Noroeste. Estando sentado en ella, se tenia delante el *Patio Verde*, y mas allá una huerta entre dos arboledas; una de ellas, á la derecha, se llamaba *Mallo pequeño*; y la otra, á la izquierda, el *Mallo grande*, que era un bosque de encinas, ciclamores, olmos y castaños. Mad. de Sévigné ponderaba en su tiempo estos lugares sombríos, y desde esta época habian aumentado su belleza ciento cuarenta años.

Por la parte opuesta ofrecía el paisaje un cuadro distinto; por las ventanas del salon se veían las casas de Combourg, un estanque, la calzada de este sobre la cual pasaba el camino de Rennes, un molino de agua, y una pradera llena de rebaños. A lo último de esta habia una aldeilla, dependiente de un priorato fundado en 1149 por Rivallon, señor de Combourg, donde se veía su estatua funeraria tendida boca arriba con su armadura de caballero. Mas allá del estanque elevándose el terreno por grados, formaba un anfiteatro de árboles; y allá en el horizonte, entre el Occidente y el Mediodía, se perfilaban las alturas de Bécherél.

Si despues de esta larga descripción tomase un pintor su lapiz, ¿produciría un bosquejo parecido al castillo? Creo que no; y sin embargo, mi memoria ve los objetos como si los tuviera delante de mi vista. ¡Tal es en todas las cosas materiales la impotencia de la palabra y el poder del recuerdo! Comenzando á hablar de Combourg, canto las primeras notas de una endecha que á nadie encantará mas que á mí: preguntad al pastor del Tirol por qué se queja en las tres ó cuatro notas que repite á sus cabras, notas de montaña arrojadas de eco en eco desde la orilla de un torrente á la ribera opuesta.

Mi primera estancia en Combourg fue de corta duración. Apenas habian pasado quince dias, vi llegar al abate Porcher, gefe del colegio de Dol; me pusieron en sus manos, y lo seguí á pesar de mis lágrimas.

Dieppe setiembre 1812.

Revisado en junio de 1846.

COLEGIO DE DOL.—MATEMÁTICAS Y LENGUAS.—RASGOS DE MI MEMORIA.

No era yo completamente extranjero en Dol; pues mi padre era *canónigo* de esta ciudad, como descendiente y representante de la casa de Guillermo de Chateaubriand, fundador en 1529 de la primera silla en el coro de la catedral. El obispo de Dol era Mr. de Herée, amigo de mi familia, prelado de gran moderación política, que, de rodillas y con el crucifijo en la mano, fue fusilado con su hermano el abate de Herée en Quiberon, en el Campo del Martirio. Al llegar al colegio fui confiado á los cuidados particulares

del abate Leprince, que profesaba la retórica y poseía á fondo la geometría: era un hombre de talento, de hermosa figura, amante de las artes, y pintaba bastante bien un retrato: encargóse de enseñarme el Bezout. El abate Egault, regente de tercer año, fue mi maestro de latin, que estudiaba en comun con mis compañeros, y las matemáticas á solas en mi habitación.

Algun tiempo necesitaba un buho de mi especie para acostumbrarse á la jaula de un colegio y á medir su vuelo al sonido de una campana. Yo no podía tener esos amigos repentinos que da la fortuna, porque nada tenían que ganar con un pobre chico: jamás me enganché en ninguna clientela, porque odiaba los protectores. En los juegos nunca pretendía gobernar á nadie, pero tampoco quería ser gobernado; yo no era bueno ni para tirano ni para esclavo, y así he sido siempre.

Sucedió, sin embargo, que pronto formé un centro de reunion; y el mismo poder ejercí en lo sucesivo en mi regimiento: simple subteniente que era, los viejos oficiales pasaban la noche conmigo, y preferían mi compañía en el café. Yo no sé de dónde provenía esto, como no fuese mi facilidad para insinuar y conocer las costumbres de los demás. Tanto me gustaba cazar y correr, como escribir y leer. Todavía me es indiferente conversar de las cosas mas comunes ó de los objetos mas elevados; y muy poco sensible al talento, casi me es antipático, aunque no desconozco su mérito. Ningun defecto me chocha, excepto la burla y la suficiencia: siempre encuentro que los demás tienen sobre mí una superioridad cualquiera, y cuando por casualidad me siento con ventaja, quedo confuso y cortado.

En el colegio se despertaron cualidades adormecidas en mi primera educacion: mi aptitud para el trabajo era notable y mi memoria extraordinaria. Hice rápidos progresos en matemáticas, para las cuales tenía una claridad de concepcion que sorprendía al abate Leprince: siempre esperaba la hora de las lecciones de latin con una especie de impaciencia y como un descanso de mis cifras y figuras geométricas. Por una singularidad, mi diccion latina se trasformaba tan naturalmente en pentámetro, que el abate Egault me llamaba el *Elegiaco*, nombre que creí me quedaría entre mis camaradas.

He aquí dos rasgos de mi memoria: aprendí de tal modo las tablas de logaritmos, que dado un número en la proporcion geométrica, hallaba de memoria su exponente en la proporcion aritmética, y *vice-versa*. Después de la oracion nocturna que hacíamos en la capilla del colegio, el director nos leía, y uno de los niños tenía que dar cuenta de la lectura. Muertos de sueño y cansados de jugar, llegábamos á la capilla y nos tirábamos por los bancos, tratando de ocultarnos en un rincón para no ser vistos ni interrogados: sobre todo había un confesonario, que nos disputábamos como un retiro seguro. Una noche había tenido la fortuna de ganar este puesto, en el cual me creía seguro contra el director; pero desgraciadamente advirtió mi maniobra, y resolvió hacer un ejemplar. Leyó lenta y extensamente la segunda parte de un sermón: todos se durmieron; pero no sé por qué casualidad permanecí despierto en mi confesonario. El director, que solo me veía la punta de los piés, creyó que dormitaba como los otros, y apostrofándome de repente, me preguntó lo que había leído.

El segundo punto del sermón contenía un catálogo de las diversas maneras con que se puede ofender á Dios; no solo dije su pensamiento, sino que hice las divisiones por su orden, y repetí casi palabra por palabra muchas páginas de una prosa mística, ininteligible para un niño. Un murmullo de aplausos resonó en la capilla; el director me llamó, me dió un golpe-

cito cariñoso en la mejilla, y me permitió en recompensa que no me levantase al día siguiente hasta la hora de almorzar. Yo me oculté modestamente á la admiracion de mis camaradas, y me aproveché bien de la gracia concedida. Esta memoria de palabras, que no he conservado enteramente, ha hecho lugar en mí á otra especie de memoria mas singular, de la cual tal vez tenga ocasion de hablar.

Una cosa me humilla: la memoria es muchas veces la cualidad de la estupidez, y pertenece generalmente á las inteligencias torpes. Y sin embargo, ¿qué seríamos sin memoria? Olvidaríamos nuestras amistades, nuestros amores, placeres y negocios: el genio no podría reunir estas ideas: el corazón mas afectuoso perdería su ternura si dejase de recordar: nuestra existencia se reduciría á los momentos sucesivos de un presente que corre sin cesar, y ya no habría pasado. ¡Oh miseria! nuestra vida es tan vana, que solo es un reflejo de nuestra memoria.

Dieppe octubre de 1812.

VACACIONES EN COMBOURG.—VIDA DEL CAMPO EN PROVINCIA.—COSTUMBRES FEUDALES.—HABITANTES DE COMBOURG.

Las vacaciones iba á pasarlas á Combourg; la vida del campo en las cercanías de París no puede dar una idea de la misma en una provincia remota.

El territorio de Combourg tenía por toda propiedad las landas, algunos molinos y los dos bosques Borgouët y Tanoërn, en un país en que los bosques apenas tienen valor. Pero Combourg era rico en derechos feudales de diferentes clases: unos determinaban ciertos privilegios por ciertas concesiones, ó fijaban usos nacidos del antiguo orden político; los otros parecían haber sido en su origen otra cosa que diversiones.

Mi padre había hecho renacer algunos de estos últimos derechos, á fin de evitar la prescripcion. Cuando estaba reunida toda la familia, tomábamos parte en estas distracciones góticas: las tres principales eran el *Salto de los pescaderos*, la *Quintaine* y una feria, llamada la *Angevine*. Paisanos con zuecos y bragas, hombres de una Francia que ya no existe, miraban aquellos juegos de una Francia que ya no existía. Había premio para el vencedor y multa para el vencido.

La *Quintaine* conservaba la tradicion de los torneos, y sin duda tenía alguna relacion con el antiguo servicio militar de los feudos. En el *du Cange* (*voz* QUINTANA) está perfectamente descrita. Las multas debían pagarse en antigua moneda de cobre, hasta el valor de *deux moutons d'or* ó *la couronne de vingt-cinq sols parisi*, cada uno.

La feria llamada *Angevine* se celebraba en la pradera del Estanque el 4 de setiembre de cada año, día de mi nacimiento. Los vasallos estaban obligados á tomar las armas, y venían al castillo á alzar la bandera del señor; desde ahí marchaban á la feria, para establecer el orden y dar fuerza á la percepcion de un peaje debido á los condes de Combourg por cada cabeza de rebaño. En esta época tenía mi padre mesa abierta y se bailaba durante tres días: los señores, en la sala grande, á los chirridos de un violin, y los vasallos en el Patio Verde al compás de una gaita. Se cantaba y se disparaban arcabuzos, mezclándose estos rumores al balido de los rebaños de la feria; la multitud vagaba por los jardines y bosques, y al menos una vez al año se veía en Combourg alguna cosa parecida á la alegría.

De modo, que he sido bastante singularmente colocado en la vida para haber asistido á las carreras

de la *Quintaine* y á la proclamacion de los *Derechos del hombre*; para haber visto la milicia urbana de una aldea de Bretaña y la guardia nacional de Francia, el pendon de los señores de Combourg y la bandera de la revolucion. Yo soy como el último testigo de las costumbres feudales.

Las visitas que se recibían en el castillo se componían de los habitantes de la aldea y de la nobleza de las cercanías: estas gentes honradas fueron mis primeros amigos. Nuestra vanidad da mucha importancia al papel que hacemos en el mundo. El vecino de París se rie del habitante de una ciudad pequeña; el noble de la corte se burla del noble de provincia; el hombre conocido desdeña al hombre ignorado, sin pensar que el tiempo hace igualmente justicia de sus pretensiones y que todos son igualmente ridículos ó indiferentes á los ojos de las generaciones que se suceden.

El primer habitante del lugar era Mr. Potelet, antiguo capitán de navío de la compañía de las Indias, que refería grandes historias de Pondichery, con los codos apoyados en la mesa, lo cual hacía que mi padre siempre tuviese ganas de tirarle su silla á la cara. Después venía el depositario de tabacos, Mr. Launay de La Billardiere, padre de familia que contaba doce hijos, como Jacob, nueve niñas y tres muchachos, el mas jóven de los cuales, David, era mi camarada de juegos (1). El buen hombre se acordó de ser noble en 1789; ¡buen tiempo era! En esta casa había mucha alegría y muchas deudas. El senescal Gêbert, el procurador fiscal Petit, el administrador Corvaisier y el capellan abate Charmel, formaban la sociedad de Combourg. No he encontrado en Atenas personajes mas célebres.

Mr. du Petit-Bois, de Chateau-d'Assie, de Tintenniac y uno ó dos mas caballeros, venían los domingos á oír misa á la parroquia y á comer en seguida en casa del castellano. Mas particularmente estábamos ligados con la familia Trémaudan, compuesta del marido, de la mujer, extremadamente hermosa, de una hermana natural y de muchos niños. Esta familia habitaba una quinta, cuya nobleza solo atestiguaba un palomar. Todavía viven los Trémaudan. Mas sabios y mas felices que yo, no han perdido de vista las torres del castillo que yo abandoné hace treinta años: todavía hacen lo que yo hacia cuando concurría á su mesa, ni han salido del puerto en el cual no entraré yo mas. Tal vez hablen de mí en el momento en que escribo esta página, y me reprendo el sacar su nombre de su protectora oscuridad. Mucho tiempo han dudado que el hombre de quien oían hablar fuese el *petit chevalier*. El rector ó cura de Combourg, el abate Sévin, cuyos sermones escuchaba yo, ha mostrado la misma incredulidad; no podía persuadirse que aquel chico, camarada de los paisanos, fuese el defensor de la religion: ha concluido por creerlo, y me ha citado en sus pláticas después de haberme tenido en sus rodillas. Estas buenas gentes, que no mezclan en mi imagen ninguna idea extraña; que me ven tal como yo era en mi infancia y en mi juventud, ¿me reconocerían hoy bajo los disfraces del tiempo? Me vería obligado á decirles mi nombre antes que quisieran estrecharme en sus brazos.

Yo llevo desgracia á mis amigos. Un guarda de caza, llamado Raulx, que me había cobrado afecto, fue muerto por un cazador furtivo. Este asesinato me hizo una impresion extraordinaria. ¿Qué extraño misterio en el sacrificio humano! ¿Por qué el mayor crimen y la mayor gloria han de ser derramar la sangre del hombre? Mi imaginacion me representaba á Raulx teniendo sus entrañas en las manos y arrastrándose en la choza donde espiró. Yo concibo la idea de la venganza, y hubiera querido batirme contra el asesino.

(1) En lo sucesivo encontré á mi amigo David; ya diré cuándo y cómo.

(Nota de Génova, 1852.)

Bajo este aspecto soy muy singular: en el primer momento de una ofensa apenas la siento; pero se graba en mi memoria: su recuerdo, en vez de decrecer, se aumenta con el tiempo: duerme en mi corazón meses y años enteros; luego se despierta á la menor circunstancia con una fuerza nueva, y la herida se hace mas viva que el primer día. Pero, si no perdono á mis enemigos, tampoco les hago ningun mal; soy rencoroso, y no soy vengativo. Tengo el poder de vengarme, y me falta el deseo; así es que solo sería peligroso en la desgracia. Los que han creído hacerme ceder oprimiéndome, se han engañado: la adversidad es para mí lo que era la tierra para Anteo, pues tomo fuerzas en el seno de mi madre. Si la felicidad me hubiera llevado alguna vez en sus brazos, me habría sofocado.

Dieppe octubre de 1812.

SEGUNDAS VACACIONES EN COMBOURG.—REGIMIENTO DE CONTI.—CAMPAMENTO DE SAINT-MALO.—UNA ABADÍA.—TEATRO.—CASAMIENTO DE MIS DOS HERMANAS MAYORES.—REGRESO AL COLEGIO.—REVOLUCION EN MIS IDEAS.

Con gran sentimiento mio tuve que regresar á Dol. Al siguiente año hubo un proyecto de desembarco en Jersey, y se estableció un campamento cerca de Saint-Malo. Acantonáronse en Combourg algunas tropas; Mr. de Chateaubriand dió cortés alojamiento á los coroneles de los regimientos de Turena y Conti, duque de Saint-Simon el uno, y el otro marqués de Causaus (1). Veinte oficiales comían diariamente en el castillo. Las chanzonetas de aquellos extranjeros me desagradaban extraordinariamente; sus paseos turbaban la paz de mis bosques. La primera idea de viajar que se me vino á las mientes tuvo su origen de haber visto correr á caballo bajo los árboles al teniente coronel del regimiento de Conti, el marqués de Wignacourt.

Cuando oía á nuestros huéspedes hablar de París y de la corte, me ponía triste; tenía empeño en adivinar lo que era la sociedad; pero á medida que iba formando de ella una idea confusa y lejana, se turbaba mi imaginacion y se ofuscaban mis sentidos. Al tender la vista sobre el mundo desde las tranquilas regiones de la inocencia, me daban vértigos, como cuando se mira á la tierra desde lo alto de las torres, cuyas agujas se pierden en el cielo.

Una cosa había, sin embargo, que me agradaba en extremo: la parada. Todos los días veía formada en el Patio Verde á la guardia entrante, con sus tambores y música á la cabeza. Mr. de Causaus se brindó á llevarme al campamento de la costa, y mi padre consintió en ello.

Mr. de La Morandais, hidalgo de intachable nobleza, á quien la necesidad había reducido á la condicion de mayordomo de las tierras de Combourg, fue el encargado de conducirme á Saint-Malo. El buen hidalgo vestía un traje de camelote gris con un galoncillo de plata al cuello, y un morrion ó casquete de fieltro del mismo color, acabado en punta. Púsome á la grupa de su yegua, *Isabela*, y yo me agarraba al cinturón de su cuchillo de caza: esta expedicion me pareció deliciosa. Cuando Claudio de Bullion y el padre del presidente de Lamoignon iban al campo siendo niños, «los llevaban sobre un burro, metidos en una aguadera de mimbre; y para igualar el peso ponían una

(1) Tuve un singular placer cuando volví á encontrar después de la revolucion á este hombre, dechado de finura, y notable por su fidelidad y virtudes cristianas.

(Nota de Génova 1.º 85 de 1